

LA «FEDERACION DE SINDICATOS OBREROS» EN ALEMANIA OCCIDENTAL

I. ANTECEDENTES

PARA formarnos clara idea del actual problema sindical en la República de Bonn conviene recordar sus antecedentes durante la República de Weimar y el período nacionalsocialista.

En la época de Weimar existían dos frentes sindicales claramente definidos y contrapuestos: los «Freien Gewerkschaften», de inspiración socialista, y los «Sindicatos Cristianos». Ambos funcionaban con entera independencia, con organización, vida y economía propias. El régimen nazi, con su Frente Alemán de Trabajo (D. A. F.), formando un frente único, rompió este dualismo. Lo lógico hubiera sido que, al constituirse la nueva República Federal, se hubiese vuelto a la antigua organización sindical con una clara división de tendencias sociales, de conformidad con la división de partidos en la política. Pero no fué así y puede asegurarse en verdad que gran parte de culpa pesa sobre los propios cristianos, sobre todo los católicos.

En ciertos medios del catolicismo alemán arraigaron bien pronto las ideas avanzadas del catolicismo francés de izquierdas. Les pareció halagadora la idea de un frente único sindical: ¡Qué ocasión más propicia, pensaron, para misionar y atraerlos a todos al cristianismo! Pero el lobo siguió siendo lobo y acabó devorando a los incautos corderos y las consecuencias son las resultantes de toda contemporización con el mal. Hoy en Alemania no existe más que un frente sindical único de indudable matiz marxista.

II. INSPIRACIÓN SOCIALISTA DE LA D. G. B. (Federación Alemana de Sindicatos Obreros)

Desde su creación, el influjo socialista se ha dejado sentir abiertamente. Recordemos algunos datos significativos.

Fallece en la primavera del año 1951 su cabeza rectora, Hans Böckler; para sustituirle se reúnen en Essen 250 delegados en representación de 20.000 miembros. Suena el nombre de Christiam Fette. Los periodistas habían abordado al amigo íntimo y médico de cabecera de Bockler, doctor Knipping, a la caza del testamento político del fallecido. No había tal testamento; únicamente salieron a relucir ciertas palabras pronunciadas por él en una conversación privada: «El más indicado para mi sucesión es Fette».

¿Quién era Ch. Fette? En todos los periódicos apareció ampliamente glosada su biografía. Había nacido en Bremen el año 1896, hijo de un modesto zapatero. Después de estudiar en Sielwal las primeras letras entre los años 1906-1910, aprendió pronto el oficio de cajista y así se ganó la vida hasta la primera guerra mundial. Luchó en Verdún donde cayó herido dos veces. La paz le devolvió a su antigua profesión; pero atraído por la política pronto se hizo famoso el nombre de aquel oscuro miembro del partido socialista al que pertenecía desde el 1 de abril de 1913, mejor diríamos tristemente famoso, ya que fué el picatoste de las célebres huelgas de Bremen que por el año 1920 ocasionaron graves disturbios político-sociales. Oscurecido su nombre durante la época nazi, el 5 de septiembre funda en Colonia el primer sindicato de obreros de Artes Gráficas, y más tarde, en diciembre de 1948, pasa a dirigir el de Munich.

Fette nunca renegó de sus antecedentes marxistas y aunque en política presumía de neutral, su conducta y a veces hasta sus propias palabras lo desmentían. El llegó a decir textualmente: «En las elecciones del próximo año 1953 los sindicatos prestarán su apoyo a los diputados y partidos que en la ley de constitución de las empresas hayan votado en contra del Gobierno». Fette no dijo que apoyaría al socialismo, pero da la casualidad que los únicos diputados que votaron en contra fueron los marxistas.

NOTAS

El 17 de octubre del pasado año se celebra en Berlín un nuevo Congreso para la elección normal del nuevo jefe sindical. Frente a Fette se presenta la candidatura de Walter Freitag. Después de unas sesiones de verdadero dramatismo de los 356 delegados, 184 votos se pronuncian por Freitag y 154 por Fette.

¿Quién es Freitag? Su hoja de servicios nos ofrece un retrato de un típico socialista de acción aún más activo que Fette. De sesenta y tres años de edad, milita en el partido socialista desde el año 1908, y ya desde un año antes pertenece al Movimiento Sindical. Diputado socialista más tarde, pasa a un campo de concentración durante el período nazi para volver a ser elegido representante en el Parlamento de la República Federal por su partido.

Su radicalismo en política y acción ha sido un factor decisivo en el triunfo, toda vez que su antecesor últimamente era tachado por sus correligionarios de reaccionario.

III. EL SINDICATO, FUERZA POLÍTICA

La Federación sindical alemana es programáticamente apolítica, pero en este caso sí que puede, con razón, decirse que una cosa es la teoría y otra es la práctica.

Los dirigentes de la política del país en realidad se hallan faltos de fuerza coercitiva para imponer sus leyes. No existe ejército y la política urbana se limita a mantener el orden que imponen los regímenes policial y municipal. En tal situación fácil es comprender que los sindicatos obreros, única fuerza organizada y con el derecho de huelga plenamente reconocido, constituyen, dentro de un Estado inerme, una potencia político-social del primer orden. No sin razón muchos periódicos llaman a su jefe «cuasi-premier».

Por su extenso e intenso poder y la falta de un frente enemigo organizado, la Federación alemana de sindicatos constituye una inmensa fuerza política, fuerza que por desgracia no está en manos del Gobierno, sino que, por el contrario, más puede asegurarse que está en la oposición.

De su potencialidad económica nos da idea el hecho de tener en

sus arcas, guardados en calidad de ahorros, unos seis millones de marcos y en su programa de inversión proyecta tener participaciones en empresas cinematográficas e incluso conseguir, si posible fuera, el monopolio de tal producción. La razón es obvia; así lograrían a la vez dos objetivos: invertir favorablemente su dinero y ganarse gratuitamente un medio de propaganda decisivo para sus planes

Un frente como el sindical alemán que encuadra en sus filas cinco millones y medio de obreros y cuenta, por otra parte, con no pocos simpatizantes, es temible para cualquier Gobierno, sobre todo si, como en el caso presente, se sitúa en la oposición.

Fette, el anterior jefe sindical, llegó a decir: «No es necesario aclarar que los sindicatos son hoy día la única organización pública no estatal que con derecho puede ejercer una activa dirección en la política del Estado». Las protestas que tales palabras desataron le hicieron rectificar y cantar el conocido «donde dije digo, digo Diego», que no fué «intervención activa» lo que quiso decir, sino «cierta influencia».

Pero la realidad es que el sindicato interviene en la política del país como lo patentizan no pocos botones de muestra.

A raíz de la firma por Adenauer de los tratados «De Alemania» y de «Comunidad de Defensa europea» declararon una huelga, de lo más extemporánea, los obreros de artes gráficas. Se anunció que era como protesta contra el proyecto de ley de las empresas; pero la huelga, en realidad, apuntaba a otros fines. Se trataba simplemente de privar al pueblo, con la falta de periódicos, de información política sobre un tema tan importante como el que se estaba ventilando. Y lo extraño del caso es que hace poco más de un año Adenauer logró que el sindicato diera el asentimiento al rearme, al que antes se oponía a rajatabla, a cambio de que el Gobierno pusiera en vigor la ley de co-gestión o intervención del asalariado en la dirección de la empresa. Rearme y co-gestión han sido los ejes sobre los que ha girado hasta ahora la rueda de la política sindical. En todo ello se descubría una especie de juego sucio. El Gobierno estaba y está interesado en el rearme del país, pero éste no podía ni puede llevarse a término con la oposición del frente sindical. La postura de éste era bien clara: a cambio de su asentimiento al rearme exigía una serie de ven-

tajas sociales rayanas ya en lo utópico. El Gobierno ha condescendido hasta lo humanamente posible y si no ahí está esa ley de cogestión recientemente firmada que consagra la intervención del asalariado en la gestión de la empresa. Pero esto no ha dejado contentos a los jefes sindicales ávidos de concesiones *usque ad infinitum*; se ha tachado de débil y contemporizador a Fette y le ha ocasionado la pérdida de su cargo.

Puede con toda verdad asegurarse que en todas y cada una de las cuestiones de política nacional e internacional (Ratificación de los Tratados, cuestión del Sarre...) la Federación alemana de Sindicatos ha secundado en todo momento la postura de obstrucción sistemática de la oposición socialista.

Como un ejemplo de cuanto acabo de decir bástenos recordar la alocución radiada de Fette a raíz de ser votada la ley de cogestión. La alocución iba dedicada a la juventud, y entre una de tantas andanadas soltó la siguiente; «Si los obreros jóvenes aún no pueden votar («wählen») al menos pueden agitar («wühlen»),» haciendo un juego de palabras muy bonito como recurso oratorio, pero sumamente peligroso por las malas consecuencias políticas que encierra.

Todo esto ha dado ocasión a que algunos centros sindicales, como la Oficina de Colocación de Fulda, protestasen enérgicamente contra la política decididamente partidista de los jerifaltes sindicales y hayan exigido su neutralidad con amenazas de escisión en caso de no cumplirse ésta.

IV. POSIBILIDAD DE ESCISIÓN Y CONSTITUCIÓN DE UN SINDICATO CRISTIANO

Esta desviación hacia la izquierda del frente único sindical ha hecho cundir el arrepentimiento en los medios cristianos que, aunque tardío, pueden dar aún algunos frutos. Hoy no se descarta la posibilidad de una escisión y la constitución de un nuevo sindicato cristiano en contraposición al único existente de inspiración socialista con una nueva vuelta al dualismo de la República de Weimar. Como

es lógico, entre los antiguos miembros del sindicato cristiano es donde más vivamente se siente este deseo de separación.

Como cabeza rectora de tal movimiento se destaca el antiguo jefe cristiano H. Even al que, caso de escisión, es casi seguro seguirían al principio medio millón de obreros del total de los cinco millones de afiliados con que actualmente cuenta la Federación de Sindicatos, aunque es de esperar que muchos más seguirían su camino.

Pero no todo es tan fácil como al principio parece. Para ello se necesita dinero; los antiguos sindicatos cristianos lo tenían, pero el nazismo, al efectuar la unificación, se incautó de todos los bienes sindicales y, posteriormente, al organizarse la República Federal, entre los grandes errores cometidos por los cristianos, con su unificación, no fué el menor el poner en manos de los nuevos dirigentes de inspiración socialista todos sus bienes e instituciones procedentes del D. A. F., y hoy se encontrarían aquéllos sin un céntimo.

Se plantea el problema de si se podría recuperar el dinero perdido caso de llevarse a cabo la escisión. La solución favorable es más que dudosa. No es menos grave el problema que los seguros sociales hechos conforme a la organización del sindicato plantearían. ¿Serían eficaces? ¿Se devolvería el dinero entregado?

La necesidad de una inmediata separación la sientan unánimemente todos los medios de clara tendencia cristiana, especialmente los católicos, pero lo difícil es encontrar el camino.

ANGEL LOSADA